

## Penjamillo y su IV Centenario

Por Manuel LOPEZ PEREZ

El pueblo de Penjamillo, Michoacán, fue fundado el día 5 de enero en el año de 1560, y por lo mismo está reciente el cumplimiento de su IV Centenario. Este dato, y el referente a su edad como Municipio, los hemos encontrado en publicaciones hechas para divulgar el motivo de las celebraciones que no pocos penjamillenses estuvieron preparando. En alguno de los muchos opúsculos del Padre Rivera, hemos visto que Penjamillo significa, en tarasco, "lugar de sabinos". Se trata de una población hermosa en otros días: Y es que fue clave de interpretaciones relativas a los juicios de valor, para los discípulos de Taine, la consideración del "punto geográfico", así se tratara de los hombres o de los pueblos mismos. La aparición de lo bello en la naturaleza, como mostración, se enmarca en cuadros de ambiente que destacan la armonía de lo plástico, o resuena en zonas vibratorias si preside los panoramas la musicalidad del espíritu. El suelo exuberante y pródigo caracterizándose en las dulces líneas de la llanura en los valles, apenas si alterados por las leves ondulaciones de las colinas o con horizontes recortados por las aristas claras, revelando intencionalidades geométricas en los montes; los cielos transparentes como si se lavaran al reflejarse en las aguas de los manantiales, arroyos, ríos o lagos de la tierra sobre la cual exhiben las excelsas luminarias que los tachonan, —los astros que los estoicos tenían la obligación de mirar todas las mañanas, para inspirar en ellos la conducta luminosa, armónica y humana concordante con su filosofía, al ver la tranquila y lumínica docilidad de las estrellas para el cumplimiento de su destino—, produjeron aquel pueblo que Justo Sierra llamó "sonrisa de la Historia" y que otros han dado en llamar el "milagro griego". Pues bien, Penjamillo nació sobre un suelo fecundo y bajo soles vivificantes. Con clima misteriosamente cálido, dado que a escasos 40 kilómetros de La Piedad de Cavadas, puede decirse que linda con el Bajío, recibió con la luz sideral la claridad de sus fuentes desbordadas en arroyuelos que llevaron por todas partes su mensaje de melodioso murmullo, la predicación de pureza que es común a toda transparencia desde que al agua le fue encomendada la misión de salvar por la purificación; el trabajo de colaborar en las germinaciones en que manifiesta su potestad el misterio creador de la tierra. Y al conjugarse todos estos dones, todos estos preciosos atributos, se vieron surgir, anteojos. La Reforma Agraria, el trabajo entusiasmado del hombre —que al fin y al cabo

tenía las mismas influencias del ámbito—, los cañaverales, los plataneros; las huertas de guayabero con sus frutos aromáticos y sabrosos; naranjales y limonares —oh, pretérito pueblo saturado del perfume de los azares como el histórico pueblo valenciano de donde salió para hacer vida hermosa Ruy Díaz de Vivar—; las rosaledas en los venturosos huertos caseros donde destacaba la arborea grandeza de los nogales, generosos en nueces, de los chirimoyos, de los mangos, de los granados que con sus frutos guardados en celoso estuche y de color, rubí, enseñaron a los poetas a describir los labios de las mujeres amadas.

Pero un día se ensombrecieron los cielos. Se enturbiaron las aguas de los manantiales, y el correr de los arroyos, como en la fantasía de Lord Dunsany, semejó el correr horroroso de la sangre derramada, derramada por la violencia. Los éxodos vieron marchar al destierro a los hombres y a sus familias y las casas solas empezaron a convertirse en ruinas. Las huertas y los huertos se fueron quedando abandonados; y ya no hubo cañaverales ni plataneros ni las providentes milpas se cultivaron, porque los campos se fueron quedando desiertos, huérfanos del trabajo amoroso y esperanzado. Y seguían los éxodos. Los hombres y sus familias seguían huyendo de la hostilidad, de la persecución, de la muerte civil, del asesinato. Y así llegó un día en que Penjamillo —las casas nada más— albergó con tristeza muda la masa incomprensiva, tiránica y voraz que el hado le enviaba: la masa rural.

No se ha llegado a la posibilidad de afirmar demostrativamente que la Reforma Agraria de la manera en que se llevó a cabo, haya sido un acierto. Ni es hora ya de discutirlo. La Revolución Mexicana no fue planeada científicamente, lo más racionalmente posible, decimos nosotros, como la rusa. Por eso careció de postulados universalmente válidos: El Plan de San Luis no contenía al Plan de Ayala, ni lo habían hecho propagandistas teóricos como los Flores Magón; las ideas revolucionarias de Villa no eran compatibles con la concepción de Carranza. La ideología de la Revolución, la plataforma de pensamiento y prácticas revolucionarias, se fue integrando con las urgencias de la interacción entre políticos y militares, y por ello escaseó el tiempo para meditar, para cotejar la resolución del problema que una necesidad entrañaba, con una verdad social derivada de una teoría de conducta. La Reforma Agraria, el problema ingente de la propiedad de la tierra, Zapata quiso que

se resolviera ante el apotegma: la tierra es del que la trabaja. Penjamillo es del que trabajaba la tierra no la quería, porque era creyente y Dios le decía por conducto del cura que aceptar la tierra ejidal era pecado y que al recibirla, quien tal hiciera tenía aseguradas las penas del infierno; y los terratenientes, por su parte decidieron defender su fuero de propietarios creando, con el apoyo de autoridades ignorantes o perversas, las famosas guardias blancas. Ideólogos sinceros, como el general Calles, gran reformador y educador de la ciudadanía mexicana, sean cuales fueren sus defectos, acudieron a reprimir a los padres curas y a los hacendados: entonces surgieron los cristeros. Y la campesinada agrarista beneficiada, aunque sólo fuera moralmente con la dotación de tierras, en nombre de una reforma agraria que era bandera política más que económica, se convirtió al recibir armas para defender su "patrimonio", en ejército auxiliar de las fuerzas federales. Al someterse los cristeros, los agraristas quedaron armados y exigiendo en premio y en previsión de nuevos atentados contra la Reforma Agraria, una beligerancia tan extremada que, al concedérseles, los convirtió en los dueños de las posibilidades municipales de gobierno. Tuvieron el poder en la mayoría de las comunas y pensaron que era un botín, porque no tenían educación cívica. Pero como el botín presupuestario no alcanzara, los líderes fueron los favorecidos —muchos llegaron hasta el Congreso de la Unión— y los descontentos, víctimas además del ensoberbecimiento de los "compañeros" triunfadores, fueron y siguen siendo, perseguidos, "desparcelados", desterrados, asesinados, originándose entonces los éxodos de que hablamos antes. 1928, es la fecha en que la Gran Demagogia, dueña no de un ideal, pero sí de una clara ambición de poder —que aún perdura— convirtió las comunidades agrarias de fuerzas y unidades económicas, en fuerzas y unidades políticas. Era fácil lanzar a los agraristas descontentos del empuje demagógico, tachándolos de reaccionarios. Bastaba con recordar el vicio con que se habían "inventado" los censos agrarios, incluyendo tenderos, peluqueros, músicos y no pocos malvivientes, revueltos con sus descendencias en minoría de edad. Y una vez que se habían prestado para llenar el requisito censal, si no optaban por complacer a las divinidades de la agitación ambiciosa, había que eliminarlos, recordándoles su antigua ocupación, la anterior a las dotaciones. Así fue como los agraristas, verdaderos o falsos en el origen, lucharon, triunfaron, volvieron a luchar, y al llegar a los Municipios se di-



56  
Pag  
Recortes

para a la 772.



vidieron fracasando en las actividades económicas de su destino. Así se desgarraron y seguirán desgarrándose, surtiendo carne de explotación a los granjeros norteamericanos. Así sucedió en Penjamillo, que por eso dejó de ser lo que era en días bellos y lejanos.

Ahora, muchos anodinos, nunca los desterrados, las viudas, los huérfanos por las matanzas de los caciques; los anodinos, nunca quienes dejaron sobre sus solares nativos los restos de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos, están haciendo viaje a la villa floreciente otrora, porque el cura los está congregando con fines que son de suponerse, a celebrar el IV centenario de la fundación del pueblo. Cuánto mejor harían en pedir como lo pedimos los que de Penjamillo obtuvimos nuestras esposas, que el señor Presidente recomiende al señor Gobernador Franco Rodríguez, que por el término de cinco años nombre autoridades en Penjamillo. Autoridades imparciales, ajenas a los bandos en lucha. Que no se responda que ha habido elecciones, porque elecciones así también las alegaba don Porfirio Díaz; aquellas las hacían los prefectos, éstas las hacen los caciques: allí está Pancho Silva el sucesor de Abraham Martínez. El Jefe del Estado Mayor Presidencial, general José Gómez Huerta, es michoacano; que aconseje un militar que vaya a Penjamillo por cinco años. Podemos

asegurarle el ingreso que sea razonable, a través del señor Jefe del Estado Mayor, para que se aleje la idea de soborno. Pero queremos autoridades imparciales en Penjamillo. Si esto se nos niega, ningún porvenir feliz podemos augurar para la región que ha dado artistas y pensadores, juristas y literatos; ideólogos y políticos: allí está con los Campos, la raíz y fronda de la mata que dio a Soto y Gama. También bulle allí la sangre que engendró héroes populares que liberaron muchas veces en actos ilícitos, violentos, las cargas de energía espiritual que pudo ser fecunda y gloriosa, si no hubiera sido orillada hacia el malogro, por las incomprensiones de los dirigentes políticos, nacionales o de la región.

Pedimos para Penjamillo, rogando por ello, al C. Gobernador y al C. Presidente de la República, autoridades imparciales. Que en Penjamillo empiece a corregirse la serie de horrores y de crímenes inspirados, auspiciados o cometidos, por la influencia de la Gran Demagogia, ruinosa y fatal para la ventura del México nuevo.

6